

¡SE TU MI GUIA!

Traducción de NATALIA MONTES DE OCA, C. D. M. (*)

Amable Luz, en esta penumbra que me abraza
¡Sé Tú mi Guía!
Es oscura la noche y estoy lejos de casa
¡Sé Tú, sé Tú mi Guía!
Guarda mis pies; no pido abarcar con mis ojos
El paisaje distante; me basta un paso solo.

No he sido yo así siempre, ni siempre te he rogado
Fueses mi Guía;
Quise elegir mis sendas y verlas; pero hoy clamo
¡Sé Tú, sé Tú mi Guía!
Yo amaba el sol rajante; desafiando peligros
Me dominó el orgullo, ¡no mires lo qué he sido!

Tu poder tanto tiempo me bendijo, —sin duda
Será mi Guía
Hoy también entre riscos, y pantanos, y honduras
Hasta que asome el día
Y con él la sonrisa de esos rostros de ángel
Amados desde ha mucho, perdidos un instante.

(*) En ésta la versión castellana de la célebre poesía *Lead, kindly Light*... que Newman compuso en Sicilia, en 1833, con ocasión de su viaje a Italia. En esa época, aún permanecía Newman firmemente convencido en el Anglicanismo, si bien había ya comenzado a profundizar el estudio de su religión y del catolicismo, y volvía a Inglaterra con el vago sentimiento de que «tenía una misión que cumplir», misión cuya naturaleza y alcance aún no vislumbraba. Pero su espíritu recto y leal, sincero con Dios y consigo mismo, quería realizar todo lo que Dios esperara de él y temía pecar contra la luz. Por eso implora su divina asistencia, su paternal guía, para recorrer la senda que su Voluntad le haya trazado.

Puede verse en la página 16 el hermoso texto inglés de esta poesía, que presentamos ahora en correcta y ajustada versión castellana debida a la gentileza de la señorita Natalia Montes de Oca, C. D. M., Presidenta del Instituto de Cultura Religiosa Superior de Buenos Aires.

TEMA ESPECIAL

JUAN ENRIQUE NEWMAN:
EL HOMBRE

Por el R. P. GUILLERMO FURLONG, S. I. — Buenos Aires.

Manning, Newman y Ward, los tres grandes convertidos ingleses anteriores a Chesterton, eran hijos de banqueros. El progenitor de Juan Enrique Newman era un acaudalado banquero, cuando el 21 de febrero de 1801 tuvo la satisfacción de ver, en brazos de su esposa Jemina Fourdrinier, a un hermoso varoncito, a quien quiso dar no solo su apellido, sino también su nombre. Fracásó después como banquero, como fracasó más tarde como fabricante de cerveza, pero la música por la que sentía singular predilección y el hecho de haber contribuido a plantar miles y miles de árboles en la bella campiña inglesa, sostuvieron boyante el espíritu de Juan Newman.

Su esposa Jemina fué también para él una inmensa satisfacción. Era una mujer económica, habilidosa y piadosa. De origen francés, descendía de una familia hugonote, pero no era de ideas ni sentimientos calvinistas. Seis hijos, tres varones y tres mujeres, alegraron aquel hogar, aunque sólo tres de ellos llegaron a destacarse por su acción o por su pensamiento; Francisco Guillermo, escritor y publicista de no escaso mérito. Jemina que contrajo nupcias con el conocido escritor John Mozley y Juan

Enrique, a quien nos vamos a referir en estas páginas.

María Newman, otra hermana de Juan Enrique, es conocida, pero debido exclusivamente a la bella oda que escribió él, al saber el repentino deceso de quien le era muy querida. Ningún aficionado a la poesía inglesa dejará de apreciar el profundo sentimiento que rebosa en aquellas estrofas.

Death was full urgent with thee, sister dear,
And startling in his speed;
Brief pain, then languor till thy and came near—
Such was the path decreed,
The hurried road

To lead thy soul from earth to thine own God's abode.

El jovencito que así lamentaba, en sentidos versos, la desaparición de su hermana, había sido educado en un hogar de profunda cultura, en la que la música y la poesía tenían amplia entrada. La lectura de la *Biblia* era allí asidua, ni faltaban los libros de fábula, entre ellos las *Mil y Una Noches* y el *Robinson Crusoe*.

Nacido en el barrio londinense de Birch Lane, frecuentó Juan Enrique la escuela de aquella sección o distrito, y en aquella escuela hallóse con otro niño que, con el correr de los años, habría de sobresalir por su ingenio agudo y por su auscultación de la política mundial. Llamábase Benjamín Disraeli.

Hablando de su niñez, escribía Newman que « fuí educado de suerte que llegué a tener grande placer en leer la Biblia, pero no llegué a tener ideas religiosas precisas hasta los quince años. Solía desear que los cuentos árabes no fueran cuentos, sino realidades; mi imaginación rodaba al impulso de fuerzas ignotas, de poderes mágicos. A veces creía que la vida era un sueño, o que yo era un ángel; que mis compañeros eran también ángeles, aunque me ocultaban su espíritu angelical, mediante el cortinado del cuerpo...

« A los catorce años de edad leí los *Tracts* que Paine escribió contra el Antiguo Testamento y me deleité pensando en las inculpaciones que hacía el autor contra las Sagradas Escrituras. Después leí algunos de los *Ensayos* de Hume, creo que entre ellos estaba el referente a los milagros. Recuerdo también haber copiado entonces algunos versos franceses contra la Inmortalidad del Alma. Creo que eran de Voltaire.

« Fué a los quince años, en el otoño de 1816, cuando sentí que un cambio sensible se había operado en mí. Mi mente estaba fija en un credo con dogmas de tal índole que, gracias a Dios, son los que me han acompañado durante toda mi vida.

Otro sentimiento tuvo Newman a esa edad: el que le indicaba que debía sobresalir o destacarse en algo, ya que eso era menester para realizar la misión que Dios le había asignado. No conocía, aún, cuál era esa misión, pero no dudaba que tenía la suya, y estaba en que, para llevarla a cabo, debía renunciar al matrimonio. Hasta 1839 dudó, a las veces, sobre si era ello imprescindible, o no, pero desde dicho año lo juzgó *conditio sine qua non*.

El 14 de diciembre de 1816, llegó Newman a la ciudad universitaria de Oxford. Alto, flaco, de cara alargada, de abundante y desordenada cabellera, de nariz prominente y de pequeña boca, nada había en aquel niño de diez y seis abriles, aún no cumplidos, que pudiera indicar a maestros y a compañeros que en aquel cuerpecito se hallaba el espíritu más selecto que había de honrar a Oxford en la décimanona centuria.

Los seis años en Trinity College (1816 - 1822) y los dos siguientes (1822 - 1824) como Fellow en Oriel College, fueron fundamentales en la vida de Newman. El mismo ha relatado, en *Loss and gain*, las intimidades de aquellos años, pasados en los estudios y deportes durante las horas de sol, y en la lectura de la Biblia y en la oración, en las horas de la noche. « Tenía paz en mi alma, nos dice él mismo, porque creía que estaba yo predestinado para la gloria eterna. No podía persuadirme que otros estuvieran condenados a eternos tormentos, antes me parecía que serían anihilados ».

La lectura de libros calvinistas le había llevado a estas ideas, y, aunque calificaba de « detestable » la doctrina de la predestinación, según Calvino la enseñaba, no conocía otra que pudiera reemplazarla. La existencia del infierno era una verdad de la que no tenía la menor duda, aunque se esforzaba por hacer que fuera menos chocante a la razón humana. Hizo un viaje para conocer a Tomás Scott, el célebre Evangelista, y de su conversación con este leader religioso, sacó Newman la convicción en el dogma de la Trinidad. Abundantes textos escriturísticos que copió y comentó, le pusieron en la evidencia de este dogma. La lec-

tura del libro de Newton sobre las *Profecías* le llevaron a la conclusión de que el Papa era el anticristo anunciado por Daniel, por San Pablo y por San Juan. Hasta 1843, con mayor o menor relieve, según las épocas y circunstancias, conservó como una verdad indubitable esta aberración, que él mismo habría de abjurar, después de esa fecha, y detestar con todo el fervor de su grande espíritu.

Mechadas estas y otras ideas en el *corpus* doctrinario de la Iglesia Establecida que Newman había hecho suyo en Oriel, acercóse en mayo de 1824 a su Obispo para que le confiriera las Ordenes Sagradas. Una vez recibidas, fué nombrado Pastor de la Iglesia de San Clemente, en Oxford, y en calidad de tal era uno de los oradores sagrados de la histórica Universidad. Era también tutor en su Colegio de Oriel y era examinador público. Comenzaba su vida pública en la forma más halagüeña.

También se inició entonces su singular influencia sobre la juventud intelectual. Sus íntimos amigos eran Hurrell Froude y Roberto Isaac Wilberforce, pero fué el Vicario de Santa María, el Doctor Hawkins, aquel que « severamente censuraba mis primeros sermones », como escribía Newman, quien puso en sus manos el libro del Arzobispo Summer, « Tratado sobre la Predicación Apostólica », y en esa obra aprendió Newman algo que ignoraba hasta entonces: la doctrina de la regeneración por el bautismo. Esta verdad fué para él el descubrimiento de un nuevo mundo. La doctrina en sí lo era, pero lo era también por el principio de tradición que de ella se deducía. Otro libro iluminador fué el *Analogy* del Obispo Butler. En esta obra, vió claro que era un postulado de la fe y de la razón la existencia de una Iglesia que fuera, a la vez, el oráculo de la Verdad.

Cuando en las páginas de su *Apología* y de su *Loss and Gain* vemos los pasos que daba Newman en el camino de la Verdad, desde 1826, fecha en que sacudió el intelectualismo de que le había imbuido un espíritu tan sutil como Whately, hasta 1828, año en que fué nombrado Vicario de Santa María, y hasta 1832, año en que fué nombrado orador selecto de la Universidad de Oxford, sentimos compasión y pena, ya que solo a trechos, y amalgamados con viles metales, y desenterrándolos con dificultad, iba él formando el cuerpo de doctrina que tan a mano y con tanta precisión y organicidad poseen los niños y niñas, hasta los pár-

vulos, que conocen el catecismo católico.

Y a ello se agregaba, como lo consigna el mismo Newman, la terrible tarea de desaprender lo mal aprendido. Nunca perdió el joven y brioso orador « selecto » de Oxford la paz de su espíritu, pero sí la tranquilidad de su mente. Las ideologías más contrarias, las ideas más en contradicción, las teorías más chocantes cruzaban por aquella mente y clavaban allí sus reales y pretendían dominar aquella privilegiada inteligencia. No siendo católica, e integralmente tal, era como una *terra nullius*.

Entre 1831 y 1832, su amistad con Froude se intensifica, y se extiende a John Keble, un verdadero gentleman inglés con atisbos de romántico francés, y se extiende también a Eduardo Pusey, el atrevido iniciador del Movimiento de Oxford.

Con el primero de los nombrados determinó Newman hacer un viaje por las costas del Mediterráneo: norte de Africa, Egipto, Grecia, Italia. Partieron en diciembre de 1832, y, en marzo del siguiente año, estaban en Roma. El « sistema Romano Católico » le pareció repelente a Newman. Como ingleses, creyeron ambos viajeros de su deber el visitar el Colegio Inglés. Allí saludaron al entonces Monseñor Wiseman; en una biblioteca se encontraron con el Abate Santini. Fueron los únicos eclesiásticos con quienes hablaron. Apenas encontraron católicos. A lo menos no tenían el deseo, ni la voluntad de hallarlos. Fueron una vez a la Capilla Sixtina, pero con el solo propósito de oír el Miserere. « En todo mi viaje no ví sino exterioridades. De la vida íntima de los católicos, como tales, nada supe ni pretendí saber. Me encontré como en la soledad, entre gentes con quienes no simpatizaba. Sólo el pensar en mi Inglaterra me alentaba ».

En Sicilia enfermó Newman de gravedad. Todos los que le rodeaban temían un desenlace mortal, pero el paciente estaba seguro de que no moriría de esa enfermedad. El sabía que tenía « algo que hacer » y que no moriría hasta haberlo realizado. Ya en Roma, al despedirse de Wiseman y, como éste le invitara a volver a Roma, después de su estadía en Sicilia, había contestado Newman que no era posible, porque sentía que Dios le impulsaba a regresar pronto a Inglaterra, donde le esperaba algo que realizar.

Durante esa enfermedad y durante la convalecencia que le siguió, persuadióse Newman de lo que había sido siempre un

sentimiento flotante sobre su espíritu desde los días de la juventud: I began to think that I had a mission.

El hombre que así presentía su futura grandeza y su extraordinaria trascendencia en la Inglaterra del siglo XIX, ignoraba por completo que no había de ser fuera, sino dentro de la Iglesia Católica, donde habría de dejar huellas imborrables de su paso de titán. Tan era así, que en los días de su mayor gravedad, llegóse hasta él un sacerdote católico. El enfermo le despidió, agradeciéndole su buena voluntad. Si su estado de salud se lo hubiera permitido, le hubiera retenido a su lado, pero para argüirle sobre temas del credo católico, contra los que Newman tenía objeciones.

Pero sentía que tenía su misión y que ésta debía realizarse en Inglaterra. Ignoraba totalmente cuál sería esa misión, pero tenía sus razones para sospechar que Dios le llamaba a afianzar la Iglesia Establecida y defenderla contra los ataques del racionalismo. Durante las tres semanas que tuvo que permanecer en Palermo, esperando navegación oportuna, leyó los escritos de los Santos Padres, penetró con curiosidad de artista en algunas iglesias católicas, y vagamente se dió cuenta de la realidad de lo que los católicos llaman el Santísimo Sacramento. Durante su estadía de siete días en Bonifacio, (Sicilia), escribió Newman su tan célebre como profunda poesía rotulada *Lead, Kindly Light*:

Lead, kindly Light, amid the encircling gloom,

Lead Thou me on!

The night is dark, and I am far from home-

Lead Thou me on!

Keep Thou my feet; I do not ask to see

The distant scene, —one step enough for me.

I was not ever thus, nor prayed that Thou

Shouldst lead me on;

I loved to choose and see my path; but now,

Lead Thou me on!

I loved the garish day, and, spite of fears,

Pride ruled my will: remember not past years!

So long Thy power has blest me, sure it still

Will lead me on

O'er moor and fen, o'er crag and torrent, till

The night is gone;

And with the morn those angel faces smile

Which I have loved long since, and lost awhile!

El hombre que jamás había pecado contra la luz, estaba llamado a grandes destinos. El jueves 12 de julio de 1833, llegó a Londres, vía Tolón - París, y, dos días después, el sábado 14 de ese mismo mes y año, predicó Keble un sermón desde el púlpito universitario de Oxford, en el que se atrevió a calificar de apostasía nacional la situación de la Iglesia Establecida. « Siempre he considerado este día, escribía después Newman, como el primero en la historia del movimiento religioso », iniciado en 1833 y consumado en 1845.

Newman, lo propio que Keble, propugnaba desde hacía años lo que llamaban la *Via Media*, esto es, el término medio entre el luteranismo racional y el catolicismo caduco. « Ni Roma, ni Ginebra », era el lema de ambos. Había que preservar a la Iglesia Anglicana de las degeneraciones papistas y de las vaciedades católicas, pero, con no menor empeño, había que exterminar las influencias luteranas que la estaban desfigurando y los gérmenes racionalistas que la estaban arruinando.

Para sostener las ideas de su amigo Keble y restaurar a su antiguo esplendor la Iglesia Nacional, iniciaron los dos jefes del movimiento una publicación denominada *Tracts for the times*. Toda Inglaterra, pero sobre todo, Oxford, leía con interés creciente esos folletos escritos con mesura pero con valentía, en los que se ponían de manifiesto los extravíos de la Iglesia Establecida, a la luz de las doctrinas y de las prácticas de la Iglesia primitiva. Era un axioma de la protestante Inglaterra que el Catolicismo había apostatado abandonando su espíritu primitivo, pero el caso del Protestantismo ¿no era aún más visible y más criminal?

Si es imposible describir la excitación que en toda Inglaterra producían periódicamente los *Tracts* es también indescriptible el entusiasmo y fervor con que Newman, a una con Keble y con el talentoso Pusey, escribía aquellos folletos. La reforma de la Iglesia sería un hecho y, ¡gracias a Dios!, Newman sabía ya cuál era su misión. La conocía y la estaba realizando con todo el ardor de que era capaz su gran corazón y su privilegiada inteligencia.

Con una libertad y con una valentía que superan los límites

comunes entre los mortales, y con un criterio noble y un lenguaje respetuoso para con las personas, denunció Newman como una aberración el que la Iglesia fuera un mero departamento del Gobierno, condenó la corriente racionalista que penetraba hasta el credo anglicano, puso de manifiesto las consecuencias nefastas producidas por el abandono de la tradición y, sobre todo expuso que una Iglesia sin espiritualidad, sin vida interior, sin oración, era un cadáver más o menos embalsamado, pero un cadáver al fin.

Desde 1835 hasta 1839 no sólo es Newman quien más escribe en los *Tracts*, pero es también, en esos años, el director de los mismos. Al propio tiempo pronuncia sus famosos « Sunday afternoon sermons », es elegido editor del *British Critic* (1836), trabaja su teoría de la *Vía Media*, o término medio entre los errores del Protestantismo y las corruptelas del Catolicismo...

Ocupado en estas tareas, es sorprendido en 1839 con un desagradable descubrimiento: entre la Iglesia Anglicana y la herejía de los Monofisitas había un parecido bien manifiesto, innegablemente análogo. También había una semejanza innegable entre los Anglicanos y los Donatistas del siglo IV. La perturbación de Newman fué enorme. Aquella paz o serenidad mental que era una de sus características desapareció. « Por primera vez, escribía él después, se alzaba ante mí un espectro: era la sombra de Roma que proyectaba oscuridades sobre mis creencias anglicanas ».

Bajo esta intranquilidad y con el ánimo perturbado, escribió Newman el *Tract 90*, en el que estudiaba la posibilidad de que toda la doctrina católica estuviera dentro del credo anglicano y daba a entender que los « Treinta y nueve artículos » de la Iglesia Establecida no habían sido forjados contra la posición de la Iglesia Católica sino contra los errores populares y contra las exageraciones de algunos católicos.

La irritación que provocó este *Tract*, el último que llegóse a publicar, fué enorme. La prensa inglesa dió un grito feroz contra el traidor Newman; los obispos rasgaron sus vestiduras, el clero anglicano exigió un castigo ejemplar, los profesores de Oxford llevaron su indignación hasta la cátedra, mientras los estudiantes se dividían en partidarios, los menos de entre ellos, o en impugnadores de los asertos del atrevido Vicario de Santa María.

Hasta las verduleras de Piccadilly y los cocheros de Victoria Square terciaban en la discusión.

Los Obispos, uno en pos de otro, condenaron los asertos de Newman, y su propio Obispo, el doctor Bagot, le censuró en forma grave, considerando sus ideas como subversivas. Con admirable espíritu de humildad, acató Newman, en un todo, las advertencias de su prelado y, en conformidad con ellas, suspendió la publicación de los *Tracts* y renunció al cargo de editor del *British Critic*, órgano del movimiento llamado desde entonces *Movimiento de Oxford*. Acató a su Obispo, pero creyó de su deber elevar al arzobispo de Canterbury una enérgica protesta cuando, pocas semanas después, se hizo público el convenio del Gobierno inglés con el Gobierno luterano de Alemania y el nombramiento, hecho por ambos gobiernos, de un obispo de Jerusalén que habría de tener jurisdicción sobre anglicanos y luteranos. Este hecho, que nada tuvo que ver con el Movimiento de Oxford, gravitó sobre el mismo y fué decisivo en la vida de Newman.

Desde aquel momento ya no sentía con el anglicanismo. Solo materialmente era miembro, pastor y vicario de la Iglesia Establecida. El, alma profundamente religiosa, carecía de religión; él, llamado según había creído, para afianzar y robustecer la Iglesia Establecida, había sido repudiado por la misma. Se había llegado a llamarle el « Judas inglés ».

A tres leguas al sur de Oxford, en el camino a Londres, está el caserío de Littlemore, donde Newman solía pasar temporadas de quietud, dedicadas a la caza, al estudio y a la oración. Después de los sucesos que hemos referido, alejóse definitivamente de su perturbado Oxford y se confinó en el vetusto « monastery » de Littlemore. Era el día 19 de abril de 1842. Si la soledad es la patria de los fuertes, Littlemore fué la fuente de luces y de energías para Newman. El estudio del credo cristiano y la oración absorbían todas sus horas. Escribió allí el *Desenvolvimiento del Dogma*, que no llegó a terminar, y oró en espíritu de verdad y humildad, en busca de la luz. « Guíame, Luz bondadosa » fué su plegaria habitual y Aquel, que era la luz, fué disipando las tinieblas y apoderándose de aquella privilegiada mente. Quien no había pecado contra la luz, mereció ser iluminado por la Luz.

Una pequeña salita en Littlemore era el refectorio de lo que

Newman dió en llamar su «monasterio». Sólo por la tarde se tomaba una refección consistente en pan y manteca con té, en una pequeña y austera salita que hacía de comedor; otra pequeña salita era la capilla, presidida por un gran crucifijo, que un mercader inglés había comprado en Lima y llevado a Inglaterra, con dos velas, una de cada lado, que Newman solía encender cada vez que iba allí a orar. Allí recitaba Newman entre 1843 y 1845 el oficio litúrgico de los clérigos católicos, por el que sentía singular atracción y allí rezaba diariamente las letanías de los santos. En vez de *ora pro nobis*, que le parecía excesiva presunción en labios de un protestante, solía decir *oret pro nobis*.

Los amigos de Newman que le visitaban en su retrainimiento no eran pocos, como no eran pocos los que solían acompañarle en su rezo del oficio divino, alternando con él los salmos y las lecciones del breviario. Entre esos amigos, que ocasionalmente se detenían en Littlemore, había un religioso pasionista, con quien Newman congenió singularmente. El padre Dominic, que así se llamaba dicho religioso, era italiano y hablaba bastante mal el inglés. Pero era un varón santo. Después de algunas de sus entrevistas, solía decir el padre Dominic: «aún hace falta un poco más de divina gracia».

Este hombre que Dios eligió para instrumento eficaz en la conversión de Newman era italiano y natural de Viterbo. Habiendo perdido sus progenitores cuando era muy niño, le adoptó por hijo su tío Bartolomé Pacelli. Buen filósofo y buen teólogo fué no solo el fidus Achates sino el divino Achates de Newman. El padre Dominic tenía especial habilidad para dirigir a los posibles convertidos y obra suya fueron las conversiones de John Dobree, de E. S. Bowles, de Richard Stanton y de George Spencer. Pero la mayor satisfacción que tuvo, en su difícil ministerio, fué la conversión de Newman.

Ya en 1843 había Newman publicado una formal retractación de cuanto había escrito y hablado contra la Iglesia Católica, y desde entonces su conversión al catolicismo era un hecho que todos preveían. Los católicos esperaban el acontecimiento con indecible júbilo; los protestantes lo temían con manifiesta inquietud. El día 9 de octubre de 1845, el padre Dominic recibió la abjuración de sus errores y recibió en el seno de la comunidad católica a Juan Enrique Newman. Acto seguido dijo la santa

Misa y Newman recibió, por primera vez, la sagrada Comunión.

Después de aquella expectativa de tres años y aquel silencio tan angustioso para los miembros de la Iglesia Establecida, se supo con toda certeza el hecho acaecido en Littlemore el día 9 de octubre. Produjo una tremenda sacudida en todos los ámbitos y clases sociales de Inglaterra. Lord Russell y el político Gladstone han expresado la terrible sensación de aquel hecho produjo, y si por una parte eran no pocos los pastores y fieles protestantes que increpaban a Newman por haberlos engañado, eran también no pocos los que, por otra parte, sentían la divina moción de imitar al ilustre convertido. Sólo con el correr de los años pudo Newman, gracias a su exquisito tacto, borrar la impresión de traidor que quedó flotando sobre no pocos de los que fueron otrora sus amigos.

Desde el día de su conversión, Newman se sintió otro hombre. Su espíritu pareció rejuvenecerse, su imaginación se abriollantó, su antigua seriedad se convirtió en una especie de candor infantil. Todo, en su nuevo estado, le producía alegría y satisfacción. Aunque no era clérigo católico, quiso vestir la sotana clerical y, vestido con ella, iba los domingos a oír misa en la capilla católica de San Clemente, en Oxford. Le apenaba la actitud de su querida Universidad, de sus Trinity y Oriel Colleges hacia él, pero la alegría de haber hallado la verdad y estar en posesión de ella, atenuaba esas penas. Treinta y dos años habían de transcurrir antes de que su *Alma Mater* le volviera a dar la mano. Recién en 1878 lo hizo, e hizo algo más: le estrechó contra su corazón y le proclamó *Honorary of Trinity College*.

A mediados del año 1846 quiso Newman ir a Roma e hizo el viaje por Francia y Suiza hasta Milán. Fué un viaje exultante, ya que los católicos ingleses se mostraron cariñosos y entusiastas doquier. Hasta los obispos franceses querían ver y conversar con el ilustre convertido y le ofrecían hospedaje. En París, en Langres, en Besançon, la población toda salió a victoriar al héroe de la verdad, y volvían todos a sus lares aseverando que habían visto un santo.

En la tarde del 28 de octubre de aquel año, llegó a la Ciudad Eterna. Lo primero que hizo, al siguiente día, fué visitar el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles. Allí halló a Su Santidad

Pio IX diciendo misa, la que oyó entre los fieles sin que nadie se percatara de quién era aquel que aparecía como clérigo. Días después, el Sumo Pontífice le recibió en cariñosa audiencia y le otorgó cuantas gracias quiso solicitar. Días más tarde, el Cardenal Franzoni le confirió las sagradas órdenes. Newman era ya no sólo miembro de la comunidad católica, sino miembro del clero católico. Aun más: el Santo Padre le había plenamente autorizado para fundar en Inglaterra el Oratorio de San Felipe de Neri y con los elementos necesarios regresó, a fines de 1846, a su patria, decidido a formar una pléyade de apóstoles que fueran los nuevos misioneros de la otrora Isla de los Santos.

En Egbaston, cerca de Birmingham, estableció el primer Oratorio, uno de cuyos primeros miembros fué aquel celoso varón y escritor ascético, Federico Guillermo Faber. La noticia de la conversión de Newman le llenó de alborozo, y no pensó sino en seguir sus pasos. Así lo hizo en efecto, y no contento con dar ese paso, ordenóse también de sacerdote católico, y fué un apóstol de la verdad, a la par de un admirado Juan Enrique.

Este amaba la soledad y gustaba de la oración, de esa oración tan asidua y ferviente que hacía por la conversión de su querida England, pero la tormenta de ira y de enojo que los protestantes desencadenaron sobre Inglaterra en 1850, a causa de lo que dieron en llamar la agresión papista, que no era otra cosa que la restauración de la jerarquía católica, le obligó a salir de su cenáculo para pronunciar en Londres, como pronunció, sus conferencias sobre *Las Dificultades de los Anglicanos*, a las que siguieron las referentes a la *Situación actual de los Católicos en Inglaterra*. No disiparon los nubarrones, pero tranquilizaron los espíritus, y el 13 de julio de 1853 celebróse el primer Sínodo Provincial de Westminster. Newman fué quien tuvo a su cargo el discurso inaugural que él intituló *The Second Spring, La Segunda Primavera*. Tal vez sea esa la página más bella que salió de la pluma del gran convertido. Macaulay sabía de memoria todo ese largo discurso; George Elliot no podía leerlo sin sentir que las lágrimas humedecían sus ojos. El autor de estas líneas lo ha leído centenares de veces desde que lo leyó por primera vez en 1909, y siempre lo halla tan novedoso y tan atrayente como cuando hizo su primera lectura, en una tibia tarde de otoño bajo los tilos de Woodstock College.

Un fraile apóstata, el llamado doctor Achilli, fué en 1851 uno de los detractores más descarados de Newman. Este, cediendo a instancias del Cardenal Wiseman, le acusó de vivir en forma poco honesta. El ex fraile llevó a Newman ante los tribunales acusándole de libelista y difamador. Los jueces, protestantes todos ellos y prevenidos como tales, contra el ilustre convertido, le condenaron a pagar 14.000 libras esterlinas. Fué una dura prueba para un hombre que no contaba sino con los recursos necesarios para la vida de cada día. Con estupefacción de todos y en especial del mismo Newman, los católicos de Inglaterra y los de los Estados Unidos consideraron suya esa erogación y en breve plazo recolectaron la suma.

Otra tribulación de Newman superó, y por mucho, la causada por el doctor Achilli. Nos referimos al proyecto de fundar una Universidad Católica en Dublín, de la que fué nombrado rector. Comenzó pronunciando sus conferencias sobre *Lo que debe ser una Universidad*, en 1852, pero la falta de ambiente, y, lo que es peor, la envidia de algunos espíritus apocados y, sobre todo, la falta de inteligencia entre los que estaban al frente de los destinos de la Iglesia en Irlanda y en Inglaterra, obligaron a Newman a presentar su renuncia al rectorado en 1856.

Wiseman le había encomendado que hiciera una versión inglesa de la Biblia, pero otros se creían más capaces y, aunque nada hicieron, tuvieron la triste gloria de haber impedido que «el más eximio prosista que ha tenido la literatura inglesa» llevara a cabo empresa tan gloriosa. En 1858 propuso establecer un Oratorio en Oxford. En un principio, todos aplaudieron la idea, pero, a poco, empezaron las frases ambiguas, las críticas infundadas, los temores y prejuicios, hasta el punto que los mismos Obispos desaconsejaron la idea. Evidentemente Dios quería probar a su noble adalid, y hemos de hacer constar que jamás brotaron de sus labios palabras que pudieran ofender a quienes le hacían la contra tan gratuita como inmerecidamente. Cada una de esas aparentes derrotas fueron otras tantas victorias en el espíritu de Newman. Aún le esperaba otra prueba a la que dió origen un estudio suyo.

En 1860 fué elegido para dirigir una revista católica, *The Rambler*. En sus páginas publicó un artículo «sobre el consultar a los fieles en materia de doctrina», en el que había expre-

siones poco precisas y hasta mal sonantes. Roma desaprobó el artículo y Newman, además de retractar lo que había escrito, renunció a la dirección de aquella revista y se alejó de la misma.

Tres años más tarde, Carlos Kingsley, al estudiar en la *Mac-Millan's Magazine*, la *Historia de Inglaterra* que había escrito Froude, llegó a estampar frases harto excesivas contra Newman. « El Padre Newman nos informa, escribía aquel periodista, que el no mentir no es necesariamente una virtud entre los clérigos de la Iglesia de Roma ». Requerido a probar su imputación, citó un sermón que Newman había pronunciado en época muy anterior a su conversión. Kingsley tuvo que retractar su falsía en ese punto, pero como sostuviera aún ideas y prejuicios ofensivos a Newman y a la Iglesia Católica, determinó escribir, con tanta sinceridad como verdad, su autobiografía, la que publicó en 1865 con el título de *Apología pro vita sua*. Prescindió totalmente de la persona y de los ataques de Kingsley y expuso sus actos con tal lógica y con tanta elocuencia y con sentido tan profundo de la verdad, que sería difícil hallar una defensa más modesta y más decisiva.

En abril de 1864 apareció la primera parte de la mencionada *Apología pro vita sua* y su efecto fué consolador. Hizo el oficio de iluminador y sedante. Miles de lectores comprendieron el proceso de la variación de Newman y llegaron hasta sentir simpatía por él. Los resquemores, todavía existentes, se atenuaron considerablemente o desaparecieron totalmente. Fué ésta una publicación aguardada con igual expectación, así por los protestantes como por los católicos.

Inmensa fué la satisfacción de Newman al comprobar el éxito y los frutos que en los ánimos de todos producía su libro, pero le afligió no poco el comprobar que algunos católicos, entre ellos Mr. Ward, otrora protestante como él, y ahora católico como él, ponía en tela de juicio sus intenciones y hasta le tildaba de heterodoxo.

El hecho de que Newman no hubiese querido asistir al Concilio Vaticano, al que había sido invitado, suscitó las suspicacias de Ward, quien creyó que Newman era contrario al Concilio. La realidad era muy otra: Newman sabía demasiado bien que, el bagaje de su ciencia teológica católica no era grande, y creía poder emplear mejor su tiempo terminando un libro que

llevaba ya muy adelantado, su *Grammar of Assent*. Esas fueron las razones por las que prefirió no ir al Concilio.

Newman siguió con sumo interés las sesiones del mismo, y al saberse que se trataba en él de la infabilidad pontificia, atrevióse a manifestar que, a su parecer, no era oportuno por entonces el declarar dogma esta verdad, ya que en Inglaterra podría ser interpretada en sentido perjudicial a los intereses de la Iglesia. Desgraciadamente llegóse a publicar, subrepticamente, una carta que sobre este punto había escrito él a su Obispo. Cuál fuera el espíritu de Newman en este incidente es bien manifiesto, ya que, no bien supo que había sido definido como dogma, no sólo recibió complacido la definición sino que la defendió públicamente contra los ataques de que era objeto por parte de Gladstone, quien la creía incompatible con la fidelidad de los ingleses para con su Reina. Tampoco creyó Newman que era oportuno que la Iglesia se pronunciara sobre la inspiración escriturística, pero con igual acatamiento aceptó y encontró razones para defender cuanto al respecto se llegó a definir.

En 1874 escribió su *Carta al Duque de Norfolk*, en la que refutaba los prejuicios de Gladstone ya mencionados, y cuatro años antes había publicado su *Grammar of Assent*, que tantos puntos de contacto tiene con el *Criterio* de Balmes. Ambos son dos libros sobre la lógica del sentido común.

En 1878, como ya indicamos, Trinity College de Oxford creyó de su deber reconciliarse con quien fuera otrora una de sus lumbreras máximas. En forma explícita, y hasta pomposa, declaró a Newman su socio honorario. Es preciso conocer lo que Oxford significa para un inglés y en especial para Newman, para apreciar lo que este hecho pesó en la vida del ilustre convertido. Tuvo además la singular virtud de disipar todas las nubecillas de recelos o prejuicios que aún flotaban en el aire. Desde 1878 hasta su deceso, acaecido en 1890, Newman era universalmente estimado y admirado. Católicos y protestantes manifestaban sin rebozo que era él un varón santo.

En febrero de 1878 murió Pío IX, y no bien le sucedió en la Sede Apostólica León XIII, determinó este Papa conferirle el honor supremo del Cardenalato. La noticia cundió por Inglaterra con inmensa alegría de católicos y aún de protestantes, y hasta el Gobierno de Su Majestad Británica quiso abrazar

como suyo el honor que León XIII confería a uno de sus súbditos. Llamado a Roma para recibir el capelo, partió allá en abril de 1879, y el 12 de mayo fué creado Cardenal diácono de San Jorge en Velabro. León XIII le trató con tanta afectuosidad y cariño que el ahora Cardenal Newman se sentía confundido. Aún delante de los demás Cardenales le llamaba « mi Cardenal ». Regresó a Inglaterra y regresó a su rincón de Egbaston. Desde allí salía ocasionalmente para predicar la palabra de Dios o para dar conferencias, y a su apartamiento acudían no pocos en busca de consejo. Conservó hasta el fin de su vida una lucidez mental perfecta y hasta un vigor privilegiado. Dada su avanzada edad, pues frisaba en los ochenta y nueve de su agitada vida, podía temerse un desenlace cuando menos pensado, y así fué. Una neumonía le postró definitivamente en el lecho. Recibió con la mayor lucidez y devoción los sacramentos y, al sentir más cercana su muerte, manifestó a los circunstantes que le dejaran solo. « I can meet my end alone », fué su frase sublime.

El 11 de agosto de 1890 entregó su noble espíritu al Creador y sobre su modesta tumba en Egbaston se grabó la inscripción que él mismo había querido se pusiera: *Ex umbris et imaginibus in veritatem*. Esa frase resumía las aspiraciones de su noble alma y los esfuerzos constantes de toda su vida.

LA EXPERIENCIA RELIGIOSA EN J. NEWMAN

Por FELIPE E. MC. GREGOR, S. I. — San Miguel

Estas páginas intentan describir la vivencia religiosa de Juan Enrique Newman; para penetrar con más seguridad en ese mundo interior, describiremos primero algo de la riqueza de alma de Newman, delinearemos luego el itinerario doctrinal de sus creencias para poder, finalmente, entrever la conversión de su alma con Dios. Decía S. Agustín: « Non dubia sed certa conscientia, Domine, amo Te. Quid autem amo cum Te amo? ¿Cómo era para Newman Dios, qué era lo que amaba cuando lo amaba, por qué se sentía atraído y obligado a Dios? »

Es riquísima la información que poseemos sobre su vida religiosa: él mismo escribió la « Historia de sus ideas religiosas », « Apología pro vita sua »; y entre las Memorias Autobiográficas que escribió para la edición de sus Cartas, hay varios capítulos dedicados a sus ideas religiosas. Sobre temas religiosos versan gran parte de sus escritos; sus sermones sobre todo responden a sus grandes inquietudes religiosas. Además su misión como leader e iniciador religioso ha hecho que, en un esfuerzo de esclarecimiento de su obra, se analicen en detalle las grandes actitudes de su vida religiosa: su parte en el movimiento de Oxford¹, su conversión al catolicismo², su concepción de la fe³, etc.

La empresa, a pesar de esta riqueza de información, no